

textos

el presente

en torno a la destrucción de un símbolo, *Microfisuras*, nº 15, Vigo, 2001

Ignacio Castro Rey. Madrid, 23 de septiembre del 2001

1 Es obligado un último recuerdo para las víctimas. Sean quienes sean, erigidas en símbolo de una humanidad "inocente" (como la de Hiroshima o Ruanda) por el solo hecho de ser martirizada en uno de esos giros imprevistos de la historia. Sólo podemos esperar que su muerte haya sido rápida, fulminados en medio de un resplandor espectral. Lo cierto es que estábamos habituados a criticar a Estados Unidos, una nación que amamos y odiamos al mismo tiempo, y ahora la magnitud de la catástrofe nos había dejado mudos. Lo más decente sería no escribir nada, pensábamos, no pretender sacar ningún "partido". Entre nosotros nadie necesitaba algo así, ni siquiera los más radicales, que ya tenían suficiente con la infamia normalizada del día a día. Finalmente, no tener una postura ha sido imposible: una vez que el festival de las interpretaciones se ha desatado, a veces de forma hartamente grosera, nos sentimos obligados a buscar la nuestra. Se trata, una vez más, de un imperativo defensivo.

2 El mismo día del suceso los periódicos anuncian sus ediciones especiales. Poco después, las televisiones presumían de nuevos índices de audiencia. Aún dejando al margen los saqueos, todo el mundo sacó pronto su ventaja de la desgracia ajena: los que venden las banderas, los que sirven las imágenes y los que administran la ayuda. Entre los políticos, Sharon el primero ("cada país tiene su Bin Laden"), aprovechando que los focos mundiales apuntan a otra parte y también utilizando la demonización general de los árabes. Con los cadáveres aún calientes, Aznar hace campaña en Europa: "todos los terrorismos son iguales", etc. Mientras tanto, la bolsa se hunde, las compañías aéreas y el turismo entran en crisis, se habla ya de recesión. En fin, el desastre del día 11 pronto fue cualquier cosa menos un acontecimiento mudo, absurdo, sin signos. Para empezar, el golpe contrarresta de un plumazo la victoria propagandística del poderoso *lobby* judío en USA: en los días siguientes la administración norteamericana recuerda que los musulmanes les odian y que también están allí, incluso entre su población negra (el pánico a las complicidades internas de la trama es evidente). Enseguida Bush da pasos en Oriente Medio, y en la ONU, que nadie habría supuesto. No dudamos de la sinceridad de las lágrimas iniciales del presidente, pero es indudable que también él aprovechará el momento para que "América" salga reforzada de la catástrofe, con menos enemigos y con más bases repartidas por el mundo.

3 Con Internet bloqueado, con el teléfono bloqueado, sólo la televisión funcionó, en directo. Las pantallas repiten las escenas claves, una y otra vez, incluso quejándose sus directivos (al menos en España) de que no le dejen tomar primeros planos de las entrañas reventadas de las víctimas. Se ha hablado de triunfo sin precedentes de la televisión, pero lo cierto es que ella es parte de este horror, porque sin contar con las pantallas los terroristas no habrían tenido el éxito de mantener a la primera potencia de la tierra aterrorizada durante horas. De hecho, hay un terrorismo estructural en nuestros medios: la televisión entera, así como el sistema espectacular de noticias sobre el exterior, no viviría sin él. La prueba de esto es que el terrorismo (el del IRA, el de ETA o el islámico) vive del efecto amplificador de la información. Sin él, que a su vez se alimenta del pánico de la población occidental a un exterior que

desprecia, el terrorismo no sería nada. De ahí que la televisión norteamericana haya tenido que censurar las imágenes y la información para no seguir amplificando el efecto de las explosiones. Del mismo modo que no eran convenientes tomas de los cadáveres de ciudadanos serbios en el bombardeo de Belgrado, ni el de los soldados iraquíes enterrados vivos por las tropas de la operación Tormenta del Desierto, tampoco lo es en el caso de Nueva York.

4 Por una parte, son visibles en este acontecimiento los límites dramáticos de la técnica. Está demostrado que un efecto *nuclear* puede conseguirse también con medios rudimentarios: voluntad de hierro, preparación, cuchillas, dinero (billones de dólares en pérdidas, se dice, han sido provocados con una "inversión" ridícula de menos de cien millones de pesetas). Toda nuestra opulenta complejidad se derrumbó ante el embate de una resolución muy simple, nacida de coaligar el odio a una inteligencia primitiva. De pronto, el primer mundo descubre que el terrorismo es un problema bélico, que los rascacielos son trampas mortales, que los aviones y el conjunto de nuestro sistema es extremadamente vulnerable. Si el Pentágono ha sido tocado, ¿qué está fuera del alcance de esta gente? Obviamente, la forma de hacerlo no se podrá repetir, pero *ellos* han demostrado que una resolución suicida es suficiente para golpear mortalmente nuestras sofisticadas sociedades. Ahora podemos entender a Virilio cuando decía que todo lo que multiplica su tamaño multiplica su fragilidad. ¿Pero cómo evitar esto, si Occidente entero está refugiado en el tamaño, en una masiva complejidad?

5 Jamás podremos olvidar la imagen de aquellos dos aviones entrando en los edificios como cuchillo en queso (¿qué será del cine de efectos especiales, en realidad de casi todo el cine a partir de aquí?). Nos gustaría saber también quién se va a atrever a vivir en el piso 80 después del martes negro. Por lo pronto nuestra técnica, nuestra arquitectura, nuestras ciudades se revelan como gigantescas ratoneras, concentraciones de gente dispuesta para el matadero (en las grandes urbes, hasta el crimen es *en serie*). Nos gustaría poder no pensar que cuando ocurre una catástrofe de este tipo se produce la muerte masiva que resulta de esquivar la terrenalidad de la muerte. Una voluntad gregaria de huida ante ella es lo que ha llevado a multitudes, a veces contra toda lógica, a hacinarse en las metrópolis. Desde hace tiempo, es la humanidad elegida, los guardianes del mundo libre, la que *seconcentra* voluntariamente. Y es esa concentración la que facilita la labor de la catástrofe, sea azarosa o provocada. Al haber perdido la muerte su sentido afirmativo, sencillamente humano, sólo puede ser masiva, tomar la forma de esa masacre enloquecida de la gente que se arroja desde 300 metros de altura. Las personas que se lanzan al vacío eligen al menos en el último momento el modo de morir, es cierto, pero también expresan a su manera la inhumanidad que está implícita en el rascacielos.

6 Después, el goteo de una lista abstracta de nombres, sin rostro, sin cuerpos: la invisibilidad de los verdugos se corresponde con la de las víctimas, pulverizadas en una hecatombe gigantesca. Asistimos ese día a un retorno apocalíptico de lo reprimido, al regreso de una elementalidad superior a cualquier complejidad. El impacto brutal, el humo, el fuego, el polvo que envolvió a las torres se reveló, por *antiguo*, infinitamente más potente que toda nuestra imponente tecnología de acero, silicio y cristal. Aquello representó la superioridad absoluta de la simplicidad real frente a toda la sofisticación de lo virtual. Ante lo arcaico de una voluntad que se atreve a poner en juego la propia vida, toda la inteligencia informática ha quedado a la altura de lo que es, un juego de niños. En realidad, toda esa dotación multimillonaria de la CIA y compañía sólo sirve a distancia, en una cómoda "guerra de las galaxias" que mira a la doblez simétrica de un enemigo igualmente tecnológico. En el cuerpo a cuerpo, ante un enemigo *que pone en juego la atrasada cercanía de la que huye todo Occidente*, resulta totalmente inútil (tal vez por eso la

comunidad occidental evitó resueltamente el cuerpo a cuerpo en Kosovo). Ya en Vietnam se vio cómo nuestro Goliat es inerte ante la movilidad de un nuevo David que se atreve a ser cómplice con el terreno y el orden mudo de sus cosas mortales.

7 La imagen repetida del impacto, con las torres brillando una y otra vez antes de la catástrofe, sigue jugando con el consuelo de lo virtual, con la tentación de que esto *podiera no haber ocurrido*. Pero ha ocurrido, con toda la brutalidad anonadante de lo real, y no querer ver ahí un signo fatal es utilizar la táctica del avestruz. Lo peor del atentado no son quizás los miles de muertos, ni la imagen de los imponentes edificios derrumbándose como si fueran de papel (más bien, literalmente *sepultados por su propio peso*), sino la pavorosa inseguridad que se instala en "el corazón de Occidente" (Chirac), en el emblema de esta religión de la seguridad que es el capitalismo. En virtud del odio que nos rodea, nuestras populosas urbes y rascacielos aparecieron como enormes trampas letales. De ahí el pánico en las calles, en la bolsa, en los aviones, la posterior incertidumbre económica. La amenaza de que algo así se repita, algo que a partir de ahora no podemos garantizar que no ocurra, nos acompañará en las próximas décadas, haciéndonos extremadamente frágiles a los ojos de amigos y enemigos.

8 No sabemos que dirán Fukuyama o Perry Anderson después de diagnosticar en términos tan rotundos (en realidad, tan ofensivamente soberbios) el fin de la historia. Ésta sólo quedaría para las zonas de pobreza, ante el triunfo mundial de la cultura del consumo: nosotros ya hemos llegado al estadio final, y "es muy poco lo que importan los extraños pensamientos que se le puedan ocurrir a las gentes de Albania o Burkina Faso". Sin embargo, en un santiamén, alguna de esa gente devolvió el centro de nuestro lujo posthistórico a los suburbios, incluso al atraso del Tercer Mundo, colocando ese mundo elemental que hemos querido alejar de nosotros en el corazón de la Gran Manzana. Lo más insultante es que haya acontecido en New York, símbolo orgulloso del progreso liberal, de nuestra vocación cosmopolita, del multiculturalismo y nuestra pretendida atención a las minorías. La deconstrucción, la república lúdica del fragmento, es herida por el mismo golpe que impacta en los militares. Pentágono y Torres Gemelas: de una vez, derecha e izquierda, policías y artistas, militares y civiles son impugnados por una mano desconocida. Quizás la simetría de las torres encarna para *ellos* esa simetría en la que ven el conjunto de nuestro orden. Todo nuestro radicalismo urbano asiste atónito a esta operación terrorífica de deconstrucción. La obsesión por lo políticamente correcto, esa voluntad de pureza en el lenguaje de los privilegiados, se revela absurda frente a la irrupción de una violencia arcaica que creíamos reservada exclusivamente para los parias de la tierra. La televisión, que se ha alimentado durante décadas de escenas sangrantes de la miseria, tiene ahora que censurar imágenes de nuestros ciudadanos horriblemente mutilados. Las ilusiones de una inmanencia postmoderna han muerto: a pesar de nuestro deseo de descansar en este mercado tecnológico, se hace necesario pensar otra vez la historia, reiniciarla.

9 Es muy posible que el martes trágico suponga el fin de la ilusión neoconservadora de esta modernidad tardía. El muro ha vuelto a resurgir: sigue habiendo dos mundos, y toda conclusión de liderazgo único, ahora que Rusia se entrega a la lógica occidental, amenaza con quedar encerrada en el ghetto de unas pocas naciones. Que hay otro mundo distinto al nuestro ya lo sabíamos. Estábamos habituados a que su atraso se expresara en las quejas tercermundistas, de vez en cuando en algún régimen más o menos agresivo que (incluso en la guerra fría) no constituía una amenaza muy seria. Últimamente en la violencia minoritaria de los radicales antiglobalización. Pero ahora se muestra que es capaz de entender nuestra tecno-lógica y utilizarla letalmente contra nosotros, en el centro de nuestro

sistema. Si esto es obra del fanatismo, se trata de un fanatismo nuevo. El odio que sabíamos que inspirábamos lejos de aquí ha dejado de gritar y se ha unido a una inteligencia calmada, capaz de acercarse y penetrar nuestros hábitos, volviendo nuestra compleja máquina contra nosotros. Y esto además con la gran escala que nos impresiona. Indudablemente, estamos nada más en el comienzo de este drama, pero todas nuestras instituciones, en una época que pretendía haber globalizado la manera occidental de ver las cosas (la globalización es esto), se enfrentan ahora con un problema nuevo. El mundo antropológico de la pobreza se ha mostrado armado con una conciencia también "global", capaz de envolver y dominar nuestra lógica. Como parte de la globalización, hemos enseñado a la existencia a dejar de ser mortal para hacerse técnica, en suma, letal. Pues bien, éste parece uno de sus resultados: cuando el imperio global llega al último rincón, las sombras de lo local regresan al cuerpo transparente de la globalidad. En el mismo siglo en que los USA llegan al confín del mundo, el confín del mundo, armado con un genio para el que no estamos preparados, llega a las entrañas de Manhattan. Todos los muros resucitan, mientras el Titánic tecnológico choca con un iceberg en principio inconcebible.

10 Hay que ser claros en un punto, por mucho que nos cueste: un aspecto clave de este tremendo acto, aspecto que aumenta su dimensión política, consiste en poder contar de antemano con una muerte que *ellos* viven a diario. Como decía un miembro de la Intifada: "no nos pueden matar porque ya estamos muertos". El crimen de Nueva York ha sido un espanto pero, después de las condenas, es absurdo y peligroso no reconocerle una autoría humana y un sentido. Al fin y al cabo, este terrorismo ha sido cualquier cosa menos "ciego". A diferencia de las películas de Hollywood, no nos han atacado autómatas de otro mundo, sino gente que, por haberlo sufrido, rechaza en bloque nuestro sistema. La paciente minuciosidad y la magnitud del golpe da una idea del odio que lo alimenta, un odio tan profundo que ha acabado por unirse a una inteligencia aún más espectacular que la nuestra. Millones de personas recordarán con una mezcla de horror, perplejidad y simpatía este atentado. Han comprobado que el pulmón de nuestro sistema es perfectamente vulnerable ante lo más antiguo, una decisión "fanática" que ellos poseen desde siempre (el odio es el tesoro de los pobres, había dicho Sartre). Quizá esto no hay represalia militar que lo remedie.

11 Es ahora el momento de decirlo: la vida es fácil presa del terrorismo cuando el poder público no reconoce su singularidad. El terrorismo es consecuencia, entre otras cosas, de una especialización creciente que hemos repartido: la globalización globaliza nuestro modelo, la especialidad, la parcialización. En suma, extiende una normalización económica de la vida que deja el alma, la del individuo y de las naciones, al albur de un poder disolvente, nuestro *integrismo de la desintegración*, o de un defensivo integrismo islámico de la reintegración. No debemos olvidar que ejercemos un terrorismo *estructural* sobre el resto del mundo, para empezar, con el orden económico que imponemos. ¿Cómo llamarle si no terrorismo a la muerte masiva de la gente en África porque el "cóctel" médico contra el sida tiene un precio obscuro, impuesto por las multinacionales farmacéuticas? Ahora mismo en Centroamérica y todo el planeta están muriendo miles de inocentes, víctimas sin duda de la climatología, pero también de una política mundial a la que el mismo Vaticano le achaca responsabilidades estructurales en el hambre de media humanidad. Sin ir tan lejos, ¿los miles de obreros argentinos arrojados a la calle por las directrices del FMI llorarán el ataque igual que los ciudadanos acomodados de EEUU o Europa? En realidad, el *apartheid* feroz que practica a diario nuestro sistema económico, dirigido por Norteamérica, se sigue manifestando en la liturgia que rodea a este atentado. Da un poco de vergüenza decirlo, pero ni "América" (algún periódico español sigue llamándole así a USA, como si Perú, Colombia o Brasil no existieran) ni el mundo libre guardaron un solo minuto de silencio por los miles de muertos de los Grandes Lagos, los de Somalia, o los del Irak que la alianza angloestadounidense diezma

mes tras mes con distintos métodos.

12 Todo esto aparte del apoyo estadounidense y occidental a gobiernos y organizaciones que han llevado el terror al confin del planeta, desde el Sha de Persia a Chile o a Israel, del terrorismo del UÇK al de los guerrilleros chechenos (se diga lo que se diga, no todos los terrorismos son iguales). Millones de personas odian la bandera de barras y estrellas en Latinoamérica, en Africa, Asia y Europa del Este. Aborrecen además "nuestra Libertad", es cierto. Pero no precisamente por envidia, sino porque ellos sienten en su carne que nuestra libertad significa al mismo tiempo su esclavitud. A esto le seguimos llamando fanatismo, pero con ello no conseguimos más que realimentar la cadena del odio. Muy particularmente, el integrismo islámico es la otra cara de su desintegración nacional, cultural y comunitaria: los palestinos o los afganos sólo son un ejemplo extremo de esto. En efecto, estimulado originalmente bajo la tiranía de los Pahlevi, se trata de un fenómeno plenamente contemporáneo que capta a los cuadros intelectuales árabes, en absoluto un fenómeno medieval. A la inversa, nuestro liberalismo ideológico es la otra cara del profundo *integrismo social, económico y técnico* con el que conquistamos el orbe. No olvidemos que la imagen misma de las torres gemelas representa una lógica que es cualquier cosa menos tolerante con el atraso, la pobreza y la singularidad de otras culturas. Estamos habituados a su emblema, pero en realidad esos dos rascacielos son perfecta expresión de nuestro *minimalismo maximalista*. Admirables para nosotros, unos cientos de millones, son en realidad perfectamente ininteligibles, cuando no ofensivos, para la mayoría de los habitantes del planeta. ¿Cuántos miles de neoyorquinos incluso, suponiendo que la obsesión por sobrevivir les dejase un rato libre para hacer turismo, no podrían subir a las torres por carecer del precio para la entrada y del aspecto adecuado?

13 Por todo esto, el colmo del terror es que los terroristas hubieran conseguido borrar sus huellas. Entonces el persistente anonimato de este descomunal crimen insinuaría que ha sido hecho en nombre de todos los desheredados de la tierra, que podrían considerarse partícipes. Para evitar esto, el país que confía ciegamente en la iniciativa privada y el individualismo ha de buscar ahora una responsabilidad *estatal* para la matanza. Que el culpable fuese finalmente un estado, algo que los norteamericanos perseguirán a toda costa, sustancializaría al enemigo exterior, exorcizando el miedo a un enemigo indeterminado, planetario, interno. En este sentido, Bin Laden y los talibán (que sepamos, sin que se hayan aportado pruebas concluyentes) pueden pronto llegar a ser un perfecto fetiche para no pensar. ¿En todo caso, sean quienes sean, se atreverían *ellos* a tal acción si no tuvieran un amplio consenso en el mundo árabe, una certeza en cuanto a su mensaje? Sea demostrada o no su relación directa con el acto terrorista, rodarán cabezas. Pero de la hidra del odio saldrán otras: como recuerda Gore Vidal remedando a Freud, tanto en física como en historia, no hay acción sin reacción.

14 Bush no debe insistir más: sabemos que la respuesta va a ser terrible. Desde Putin a Gaddafi, nadie duda del derecho a una operación militar selectiva. El problema, que no se le escapa a algunos analistas norteamericanos, es si hay una respuesta militar que esté a la altura de esto. Por doloroso que resulte, sería un desastre añadido no extraer una lección política de este desastre, más allá de las consignas del momento. Este acto es también una provocación que busca quitarle la careta a Occidente, desenmascarar su máquina de guerra. Entrar en el terreno de una respuesta armada sería así caer en la trampa. Lo verdaderamente dramático, por tanto, sería que los mandatarios occidentales sólo saquen la conclusión de que hay que perfeccionar los mecanismos policiales, militares o jurídicos del nuevo orden mundial. Todo lo que no sea entender que es necesario acercar nuestro sistema a la tierra es hacerle un

flaco favor a las víctimas. Han muerto en condiciones pavorosas y, aparte de honrar su memoria, tal vez se merecen que a pesar de todo el estruendo de cristales rotos intentemos pensar.

15 El problema es que no es seguro que sea esto "lo que los norteamericanos quieren oír". Les costará entender que en este atentado hay un signo porque se han fundado, como dice Steiner, en la "doctrina de la separación". ¿Su implicación tan estrecha con Israel no estriba precisamente en este punto, en sentirse dos naciones *elegidas*? Desde la fortaleza de ese mundo aparte, los estadounidenses se han pasado décadas cambiando el rostro de un enemigo que necesitan para justificar su lugar privilegiado en el mundo, lejos del virus de los pueblos. Ahora resulta que lo peor no tiene cara, de ahí el pánico que se apoderó de ellos en un primer momento. Después está la reacción del orgullo herido, tan típica y tan comprensible. Pero recordemos que los norteamericanos se recuperan del golpe descendiendo al mismo sentimiento elemental que caracteriza a los árabes: el patriotismo, las lágrimas, los cánticos y consignas, incluso el contacto físico. Y a esto se añade pronto un fundamentalismo que nos resulta demasiado familiar: Dios bendiga a *America* (como si *Élno* estuviera ocupado con todas las naciones), el Bien contra el Mal, con Nosotros o con Ellos, Justicia Infinita, etc. Ante la autoestima norteamericana, los cadáveres no pueden aparecer mutilados, como los de Ruanda o Irak, sino cubiertos por la bandera. De esta manera no parecen víctimas como las demás, corderos degollados por la trituradora de la historia, sino "héroes". Una vez más, contravinendo el espíritu de Thoreau, la humanidad civil le gana el pulso a la natural. La misma insistencia en la palabra *guerra* es preocupante: en principio, un autoestímulo disculpable; después, una tapadera para no recordar que, o bien no estamos en guerra en absoluto, o bien ya lo estábamos desde hace mucho tiempo (¿no es una máquina de guerra el capitalismo?). En fin, no es necesario repasar a Weber para recordar que un feroz puritanismo religioso está en el origen de nuestra próspera economía. Incluso se podría decir que los terroristas han apuntado a un doble simétrico: de un fundamentalismo a otro, desde la profundidad del Islam a "la nación más religiosa del mundo", según Said.

16 El mundo no necesita ningún imperio: basta con el libre y, a ser posible, pacífico juego de sus diferencias (China, Rusia e Islam incluidos). ¿Que a pesar de todo los EEUU mantienen una vocación global? De acuerdo. Ahora bien, esto tiene un precio: una potencia mundial tiene la obligación política, aunque sólo sea por autodefensa, de descender a la singularidad de las situaciones, de actuar en el mundo con un mínimo de equidad, de visión panorámica. ¿Por qué entonces USA trata a Cuba y a medio mundo con una paranoia más propia de un país de provincianos que de una nación con vocación universal? ¿Por qué no le impone a Israel (¿quién es el "Bin Laden" de Oriente medio, Arafat o Sharon?) la obligación de llegar a un acuerdo con los palestinos en aras de una justicia en la zona? EEUU ha pasado por dos experiencias cruciales: un ataque letal en su propio territorio, cosa nunca vista, pero también una solidaridad unánime hacia su propio territorio, desde Rusia a Libia. Hasta Castro se ha mostrado conmovido, manifestando su horror y su voluntad de ayudar. Ni él ni los dirigentes chinos o iraníes quieren que EEUU sean "derrotados", que desaparezcan del mapa. Lo único que quiere parte del mundo, de ese mundo sin el cual este insólito atentado habría sido imposible, es que "América" respete la diversidad de las naciones.

17 Tal vez la imagen terrible de esos rascacielos derrumbándose, símbolos de una colosal voluntad de *separación* envuelta al fin por un polvo casi africano, sólo señala la necesidad de atender a la pobreza, el atraso y la pequeñez en las que se desenvuelve la vida en la tierra. El yermo de la "zona cero" neoyorquina señala el desierto que hace a los hombres iguales. Si mañana EEUU entendiese esto, el

mundo sería tal vez un poco distinto. Los norteamericanos habrían dejado de ser tan fuertes, tan despóticos, tan felices, pero ello los haría más humanos a nuestros ojos. Conocerían ya la tragedia y la humillación por la que han pasado todas las naciones, y quizás así estarían más preparados para salir de sus fronteras. La única forma de estar en el mundo es asumir su alteridad constitutiva, lo cual significaría renunciar al proyecto de un imperio económico-militar para pensar en una influencia política. Ahora bien, ¿soportaría el espíritu norteamericano este cambio? Whitman, Coltrane y Luther King indican que sí, pero no es seguro que los políticos puedan seguir a los profetas hasta ese punto.

Firman además este escrito: Paco Carreño, Eugenio Castro, Miguel Cereceda, Enrique Falcón, Ángel Gabilondo, Juan Carlos Mestre, Diego Moya, José María Parreño, Antón Patiño, Jorge Pérez de Tudela, Manolo Quejido, Jorge Riechmann, Javier Rojo y Rafael Varela.